

1 el desorden global

Un año después

Revoluciones árabes: un proceso revolucionario sostenido

Julien Salingue

[El texto que publicamos a continuación es una contribución de Julien Salingue a los Cuadernos del CCMI (Cercle des chercheurs sur le Moyen-Orient), n° 2, titulado: “Retour sur les ‘révolutions arabes’”. Tres obras han sido ya o van a ser publicadas sobre esta temática. Al final del artículo se puede encontrar el enlace a esa publicación (en francés), que nos parece importante apoyar. Redacción de a l’encontre.]

Numerosos analistas y comentaristas se han visto sorprendidos por los levantamientos en serie en el mundo árabe. La excepcional longevidad de las dictaduras de la región había llevado a algunos a imaginarse que jamás podrían ser derrocadas. Es, sin embargo, lo que se ha producido en Túnez, en Egipto y, en circunstancias muy particulares (intervención de la OTAN), en Libia, mientras que en Siria y en Yemen (entre otros) la movilización no decae a pesar de la represión.

¿Es arriesgado comentar el proceso al que asistimos e intentar sacar algunos balances -de etapa- de los levantamientos en curso? Quizás. Cuando nos vemos ante tales cambios, *a fortiori* cuando están inacabados, el investigador se ve invitado a dar pruebas de humildad y de modestia. Me contentaré pues aquí con sacar, en un primer momento, algunos rasgos destacados de los acontecimientos actuales, centrando mis reflexiones en el más esencial de ellos: somos testigos de un proceso revolucionario sostenido. En un segundo momento, intentaré volver sobre la dimensión propiamente epistemológica de los acontecimientos, interrogando en particular al futuro incierto del paradigma de “*la excepción autoritaria árabe*”.

Un proceso revolucionario

Aunque no guste a los impacientes o a los pesimistas, el término “revolucionario” no muestra ninguna sobreestimación de los cambios en curso, y no prejuzga su resultado. En efecto, éstos llevan dentro la posibilidad de una revolu-

ción acabada, que implique “no solo la destrucción del poder del estado existente, sino también una ‘deconstrucción’ de la organización social y de los principios que la gobiernan” (Châtelet, 1985). Ben Ali, Mubarak, Gadafi... la lista de los dictadores que han caído es elocuente, y no dejará de alargarse durante los meses y años que vienen. Si su caída no puede bastar para afirmar que han tenido lugar “revoluciones”, dos elementos esenciales incitan a comprender los acontecimientos actuales como “revolucionarios”: el papel motor jugado por las masas populares en la caída de los dictadores; la dimensión regional de la puesta en cuestión de un sistema político fijado desde hace cuatro decenios.

a) Los pueblos en el corazón

Lenin/¹, actor y teórico de la revolución rusa, enumeró en 1914 las condiciones de la crisis revolucionaria:

cuando los de arriba no pueden ya...; cuando los de abajo no quieren ya...; cuando los de en medio dudan y pueden cambiar... Las tres condiciones son indisociables y están combinadas. Se trata entonces, no de un movimiento social que se profundiza, sino específicamente de una crisis política de la dominación, de una crisis de conjunto de las relaciones sociales, cuya forma es la de una ‘crisis nacional (Bensaïd, 1997).

Inspirándose (voluntariamente o no) en Lenin, Riadh Sidoui (2011) explicaba recientemente, en una entrevista a propósito de Libia, esto:

Para triunfar, una revolución debe reagrupar tres factores. El primero, la radicalización de la oposición popular, que no demanda ya sólo reformas sino que quiere la cabeza de quien encarna al régimen. La segunda, una división en el seno de la élite del poder, un espíritu de cuerpo fragmentado. La tercera, la neutralidad del ejército o su traición hacia el régimen.

Incluso si la implicación de las masas populares hay que relativizarla según el país, no deja de ser cierto que, en cada caso, ha sido la movilización de decenas de miles, de centenares de miles, incluso de millones de individuos lo que ha cambiado radicalmente las coordenadas políticas y sociales. Quienes resumen los acontecimientos que se han producido en Túnez a una “revolución de palacio” parecen olvidar que Ben Ali estaría aún en el poder sin las movilizaciones de calle. Quienes no ven en Egipto más que un “*putsch*” militar relativizan considerablemente las manifestaciones de la plaza Tahrir. El importante papel jugado por la OTAN en la caída de Gadafi no debe ocultar la realidad del levantamiento de Bengasi. Estamos hoy en un intermedio, en cuyo seno cohabitan elementos de rup-

¹/He optado deliberadamente por referirme, en esta primera parte, a diversos autores de tradición marxista, en la medida en que han enriquecido mucho, mediante su participación directa en los procesos revolucionarios, el planteamiento teórico de “la” revolución.

tura y elementos de continuidad, un período de crisis en el sentido gramsciano del término:

La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo antiguo muere y que lo nuevo no puede aún nacer; durante este interregno, aparece una gran variedad de síntomas mórbidos (Gramsci, 1971, p. 276).

Los procesos revolucionarios (en general) plantean la cuestión de la temporalidad del cambio político, e invitan a desembarazarse de toda concepción gradual, o lineal, del tiempo político.

No podríamos representarnos la revolución misma bajo la forma de un acto único: la revolución será una sucesión rápida de explosiones más o menos violentas, alternando con fases de calma más o menos profundas (Lenin, 1902).

La revolución no puede reducirse a un “gran día”, en el curso del cual lo antiguo se hundiría de repente y lo nuevo lo reemplazaría: es un proceso que se inscribe en la duración, en cuyo seno se suceden, a veces de forma muy apretada, el flujo y el reflujo, los avances y los retrocesos, la calma y la tempestad. “*Las revoluciones tienen su propio tempo, marcado de aceleraciones y de ralentizaciones. Tienen también su propia geometría, en la que la línea recta se rompe en las bifurcaciones y los giros bruscos*” (Bensaïd, 2011).

Está en marcha un movimiento de fondo, que ha logrado ya, en algunos meses, la caída de tres de las más feroces dictaduras del mundo árabe, y que ha hecho vacilar a bastantes otras. Es pues más que arriesgado afirmar, bajo la presión de otra dictadura, la de la instantaneidad y de la información en tiempo real, que las revoluciones habrían “fracasado”. Están en curso, y su evolución depende de muchos factores, sobre los que volveremos más adelante. Cualesquiera que sean las trayectorias tomadas por cada uno de los levantamientos, no deja de ser cierto que son claramente los pueblos árabes los que han jugado, y los que continuarán jugando, un papel determinante en el /los desarrollos del proceso. Incluso en caso de fracaso.

León Trotsky escribía, en su monumental *Historia de la revolución rusa*, esto:

El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos normales, el Estado, sea monárquico o democrático, está por encima de la nación; la historia corre a cargo de los especialistas de este oficio: los monarcas, los ministros, los burócratas, los parlamentarios, los periodistas. Pero en los momentos decisivos, cuando el orden establecido se hace insoportable para las masas, éstas rompen las barreras que las separan de la palestra política, derriban a sus representantes tradicionales y, con su intervención, crean un punto de partida para el nuevo régimen. (...) La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos (Trotsky, 1985).

Estamos seguros de que los historiadores sabrán ofrecernos este relato en lo que concierne al mundo árabe.

b) Un proceso regional

El segundo elemento particularmente destacado del proceso en curso es que se trata claramente de un proceso que atraviesa al conjunto de la región. Decir esto no es evidentemente negar las especificidades de cada uno de los Estados árabes y de cada uno de los levantamientos². Es, al contrario, particularmente útil pensar en las singularidades de cada uno de los movimientos en curso para mejor destacar los rasgos característicos del proceso revolucionario, que no es una simple suma de revueltas nacionales, sino claramente una ola de fondo que será inducida a modificar considerablemente el dispositivo político regional.

Esta ola de fondo regional se inscribe en una historia. Como ha resumido muy bien Gilbert Achcar (2011):

Lo que ocurre hoy se inscribe, en efecto, en la larga historia moderna de los Estados árabes. Sin remontarse demasiado lejos en el tiempo, se puede situar la ola revolucionaria actual en el recorrido realizado desde la precedente ola regional de grandes cambios consecutiva a la Nakba, la derrota árabe en Palestina en 1948. El ascenso del movimiento nacionalista en los años 1950 y 1960 llegó entonces a captar y encauzar la protesta popular, pero la acompañó también en su radicalización socioeconómica y política. La nueva derrota árabe de junio de 1967 frente a Israel señala el comienzo del declive del nacionalismo árabe. Los años 1970 son años de transición durante los que tres corrientes se disputaron la hegemonía: el nacionalismo declinante, una nueva izquierda radical en parte salida del nacionalismo y el integrismo islámico alimentado por los petrodólares sauditas y favorecidos por los regímenes gobernantes como antídoto a la izquierda. Tras la revolución iraní de 1979, se entra en una nueva fase histórica de tres decenios durante los cuales la protesta popular regional está dominada por las corrientes religiosas, con declive y marginación de la izquierda.

Estos últimos años, sin embargo, las consecuencias socioeconómicas de la mundialización neoliberal han provocado un nuevo ascenso de la protesta social, de la lucha de clases, propulsadas por los efectos de la crisis y el deterioro de las condiciones de vida. En Egipto, el año 2006 vio el comienzo de una ola de luchas obreras que hasta 2009 supera todo lo que el país y la región habían conocido desde este punto de vista. Este ascenso de la lucha de clases -terreno en el que las corrientes religiosas que predicán la conciliación social están casi ausentes- indicaba que se estaba en el umbral de una nueva fase política, de una nueva fase de transición (...) Hemos entrado en un nuevo período de transición, con una redistribución de las cartas que ve una fuerte competencia entre, por un lado, las nuevas fuerzas en ascenso -el movimiento obrero, la izquierda y la juventud liberal- y, de otra parte, los movimientos islámicos.

Más que discusiones bastante poco heurísticas sobre la existencia o no de un “efecto dominó” en la caída de los dictadores (que lleva a hacer primar los

²/ Ver entre otros, Bozarslan (2011/2).

efectos sobre las causas) es, en efecto, mucho más pertinente subrayar que más allá de la diversidad de sus ritmos y de su forma, los levantamientos en curso tienen sus raíces sociopolíticas comunes: el lugar subalterno ocupado por el mundo árabe en el sistema capitalista mundializado en crisis, el dominio de los dirigentes de la región y de sus allegados sobre las riquezas nacionales, el peso del clientelismo (particularmente favorecido por las economías de renta) y la persistencia del autoritarismo más brutal.

Estos cuatro factores se encuentran, en proporciones y con combinaciones diversas, en el conjunto de los países de la región³. Sin borrar las diferencias mayores (papel y lugar del ejército, relaciones con los países occidentales y/o Israel, existencia o no de mecanismos de democracia formal...), son claramente la historia y las problemáticas comunes, más que algún tipo de mimetismo, quienes explican la dimensión regional del proceso en curso. Lo que nos lleva a considerar el movimiento actual como una puesta en cuestión profunda del orden regional, y no como una yuxtaposición de cambios cosméticos en el seno de ciertos Estados árabes.

Asistimos probablemente a la “*segunda fase de las independencias*”. Tras haber conquistado la independencia formal, es decir la salida de las autoridades coloniales y la conquista de la soberanía territorial, los pueblos árabes reivindican hoy la independencia real, desembarazándose de regímenes que siguen estando, o seguían estando, fundamentalmente, o bien enfeudados a las antiguas potencias coloniales o a las nuevas potencias imperiales, o bien en una postura contestataria en el seno de un orden regional que no ponen en cuestión. ¿Es excesiva esta denominación? No necesariamente. Permite en efecto, en mi opinión, dar cuenta de la inscripción de los acontecimientos en curso en una historia y un contexto específicos, y subrayar su carácter intrínsecamente revolucionario, en la medida en que no son sólo algunos dictadores los que están amenazados, sino un orden regional entero que será transformado.

¿El fin del paradigma de la “excepción autoritaria árabe”?

Hasta los recientes acontecimientos, la temática del déficit democrático de las sociedades y de los Estados del mundo árabe era omnipresente en los trabajos de investigación consagrados a esta región, en particular desde mediados de los años 1980 y la “tercera ola de democratización” que permitió conceptualizar una “excepción autoritaria” árabe. A trabajos de inspiración culturalista, que intentaban establecer que esta “excepción” estaba ligada a las “culturas

³/ Con excepción de Líbano, país de historia singular, en el que elecciones libres se desarrollan en intervalos regulares.

políticas patriarcales” de las sociedades árabes o a una incompatibilidad entre el Islam y la democracia, respondían estudios que se inscribían en un planteamiento comparatista, integrando tanto los factores exógenos como los factores endógenos para explicar la persistencia de los regímenes autoritarios en el mundo árabe.

La esencialización del autoritarismo en el mundo árabe ha llevado a relativizar cuestiones sin embargo esenciales para cualquiera que desee estudiar, en toda su complejidad, los regímenes árabes postcoloniales: carácter alógeno, arcaico o híbrido de las estructuras estatales, lugar de las estructuras sociales premodernas y de las ideologías transnacionales que son otras tantas fuerzas centrífugas que debilitan los poderes centrales, dependencia, en los planos político, económico y militar, respecto a los países occidentales... Y, más allá, los interrogantes específicos sobre los procesos de formación de las élites dirigentes de los Estados árabes, la naturaleza de los grupos sociales dominantes, sus dinámicas y contradicciones actuales y sus relaciones con el resto de la sociedad⁴.

El proceso en curso es la demostración de la quiebra heurística de todas las lecturas esencializantes y/o culturalistas, que pretendían demostrar una insuperable especificidad política del mundo árabe, uno de cuyos rasgos esenciales habría sido la ausencia “natural” de toda forma de democratización. Como ha subrayado con mucha razón Jean-Pierre Filiu (2011, p. 13):

Al menos desde la caída del Muro de Berlín, en 1989, los árabes han sido objeto de un tratamiento aparte en el debate internacional sobre la transición democrática (...). Algo parecía desfasado, viciado, abandonado entre el Océano (Atlántico) y el Golfo (pérsico)... Y ese “algo” era presentado como íntimamente ligado a la identidad árabe, a su dinámica intelectual, incluso psicológica, en un reciclaje contemporáneo de los peores clichés orientalistas. Los árabes eran descritos como el Otro por excelencia, lo que les marginaba de la modernidad y de sus ventajas.

Esperamos que los acontecimientos en curso permitan acabar con esta miopía occidental, que ha servido para justificar cómodamente los silencios y las decisiones más dudosas. No siendo los árabes genéticamente compatibles con la democracia, y resumiéndose la alternativa a “dictadura o integrismo”, algunos creyeron oportuno asignarse por tarea principal proporcionar algunas linternas que iban a permitir iluminar a los déspotas de la región. Es así como Antoine Sfeir, director de los *Cahiers de l'Orient* y presidente del “*Centro de estudios y de reflexiones sobre el Próximo Oriente*”, nos ofrecía sus luminosos comentarios a propósito del régimen

⁴/Temáticas felizmente estudiadas por quienes rechazaban los atajos culturalistas. Ver en particular Picard (2006) y Salamé (1994).

de Ben Ali en una tribuna publicada en octubre de 2009 por *Le Figaro*⁵.
Extractos:

Túnez tiene ciertamente un largo camino que recorrer, nadie lo duda. Sin embargo, es forzoso reconocer que el país progresa regularmente desde la llegada al poder de Ben Ali. Es un hecho que establecen en sus informes todos los organismos internacionales. Es esta apertura y este saneamiento progresivo de la vida pública lo que deseo evocar hoy, sin por ello velarme el rostro sobre los problemas que quedan por resolver. Más que señalar sin cesar lo que no funciona, los criticones de turno deberían ver que Túnez es un ejemplo para toda la región. A pesar de los desafíos aún numerosos, ha superado con éxito, en efecto, el problema de la modernización y de la integración regional, como prueban la iniciativa '5+5' o su papel dinámico en el marco de la Unión por el Mediterráneo. Son otras tantas ocasiones de consolidar la determinación de Túnez por avanzar, pero también persuadir a otros países vecinos de seguirla en este camino...

El objeto de mi escrito no es tanto criticar a Antoine Sfeir (que, posteriormente, ha reconocido haberse “*equivocado gravemente*” a propósito de Túnez) como recordar hasta dónde el paradigma de la “excepción autoritaria árabe” ha podido llevar a ciertos “especialistas” de la región. Dicho de otra forma, el problema no es tanto las tomas de posición individuales como el marco de análisis así proporcionado, que explica en gran parte la “sorpresa” de ciertos analistas frente a los levantamientos en curso. Este prisma deformador ha llevado, en efecto, a relativizar o a no dar importancia a todos los indicios que tendían a demostrar que los pueblos árabes no eran una entidad pasiva, amorfa, sin aspiraciones progresistas y/o democráticas, y a ignorar y/o avalar los ataques a esas aspiraciones. Peor aún, esta ceguera orientalista ha llevado a algunos a deliberadamente “sub-analizar” acontecimientos esenciales, pues no entraban en su “marco teórico”, descuidando el principio elemental según el cual son en definitiva los marcos de análisis los que deben adaptarse a la realidad y no al revés.

De las elecciones argelinas de diciembre de 1991 a las elecciones palestinas de enero de 2006 pasando por el levantamiento popular contra Saddam Hussein en marzo de 1991, un amplio manejo de indicios indicaba sin duda alguna que las poblaciones de la región no se contentaban con la persistencia del autoritarismo y/o regímenes montados por Occidente.

De hecho, hacía más de una generación que los árabes peleaban por sus derechos de ciudadanos, pero los prejuicios culturales y los posicionamientos políticos habían impedido tomar en cuenta la amplitud de su rechazo de los regímenes autoritarios o dictatoriales (Filiu, 2011, p. 29).

⁵/ Ver también su libro (2006) en el que afirma entre otras cosas, esto: “*Cómo un país que acoge a más de 6 millones de turistas por año, la mayor parte sin visado, puede ser calificado de régimen policial?*”; “*¿Hay motivos para pensar que Túnez es un país corrupto? Objetivamente, no*”, etc.

Lejos de ser un relámpago en un cielo sereno, el proceso en curso es la expresión de dinámicas profundas en el seno de las sociedades árabes: si no se podía prever precisamente cuándo tendría lugar la explosión, la identificación de las tendencias profundas en marcha en el mundo árabe era posible para quienes se negaban a los atajos culturalistas.

Los cambios a los que asistimos tienen pues raíces profundas. Ya en 2003 (p. 12), Samir Amin advertía: “*El estado autocrático y las formas de la gestión política que le están asociadas siguen ciertamente en pie como se verá. Pero han entrado en una crisis profunda que ha erosionado en gran medida su legitimidad, siendo cada vez menos capaces de hacer frente a los desafíos de la modernidad. Emergencia del Islam político, confusión y conflictos políticos, pero también renacimiento de las luchas sociales son sus testimonios*” /6. Este anclaje de las problemáticas políticas, económicas y sociales para explicar los levantamientos del mundo árabe hace eco a la idea de proceso largo (y sostenido) evocado en la primera parte de este estudio, y tiene consecuencias políticas y epistemológicas de importancia. Ni simple “revolución facebook”, ni “golpe de ira” consecutivo a la inmolación de Mohamed Buazizi, el proceso revolucionario en curso es el producto de contradicciones de amplitud y de una lenta maduración política y social, que prohíben toda forma de “vuelta atrás” y que no podrán ser barridas por algunas reformas homeopáticas o por la introducción de una dosis de liberalismo político: la investigación y el análisis deberán dar cuenta de ello.

6/01/2012

Julien Salingue es enseñante en la Universidad de Auvergne, doctorado en ciencias políticas en la Universidad de París 8, secretario del CCMO, autor de *A la recherche de la Palestine, au-delà du mirage d'Oslo*, París: Editions du Cygne, 2011.

Bibliografía citada:

- Achcar, G. (2011) “Las revoluciones árabes en perspectiva”. Disponible en <http://www.vientosur.info/http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=4241>
- Amin, S. (2003) “Défis et luttres dans le monde arabe”. En S. Amin y A. El Kenz (comps.) *Le monde arabe. Enjeux sociaux – Perspectives méditerranéenne*. París: L’Harmattan, Forum du Tiers-Monde.

6/ Lo que no equivale a excluir la hipótesis de la “contrarrevolución”, ya en marcha, particularmente bajo la batuta de la Arabia saudita. Pero la contrarrevolución no es una “vuelta atrás”: “*Es el interés de la noción analógica de Thermidor, una contrarrevolución no es una revolución en sentido contrario (una revolución inversa), sino el contrario de una revolución, no un acontecimiento simétrico al acontecimiento revolucionario sino un proceso*” (Bensaid, 2007).

- Bensaïd, D. (1997) "Lénine, ou la politique du temps brisé". *Critique communiste*, 150.
- Bensaïd, D. (2007) "Prefacio". En E. Mandel, *Introducción al Marxismo*. Bruselas: Editions Formation Léon Lesoil.
- Bensaïd, D. (2011) "Les sauts! Les sauts! Les sauts! Lénine et la politique". En D. Bensaïd, *La politique comme art stratégique*. París: Syllepse.
- Bozarslan, H. (2011/2) "Réflexions sur les configurations révolutionnaires égyptienne et tunisienne". *Mouvements*, 66.
- Châtelet, F. (1985) "Révolution". *Encyclopaedia Universalis*.
- Filiu, J. (2011) *La révolution arabe. Dix leçons sur le soulèvement démocratique*. París: Fayard.
- Gramsci, A. (1971) *Selections from the Prison Notebooks*. En Q. Hoare y G. Smith (eds) Nueva York: International Publishers.
- Lenin, V. (1902) *¿Qué hacer?*
- Picard, E. (dir.) (2006) *La politique dans le monde arabe*. París: Armand Colin.
- Salamé, G. (dir.) (1994) *Démocraties sans démocrates: politique d'ouverture dans le monde arabe et islamique*. París: Fayard.
- Sfeir, A. "La Tunisie, rempart contre la déferlante intégriste dans la région". *Le Figaro*, 23/10/2009.
- Sfeir, A. (2006) *Tunisie. Terre de paradoxes*. París: L'archipel.
- Sidaoui, R. (2011) "La Libye penche entre la révolution et la guerre civile". Entrevista disponible en <http://www.20minutes.fr/monde/libye/673827-monde-la-libye-penche-entre-revolution-guerrecivile>
- Trotsky, L. (1985) *Historia de la Revolución Rusa*. Tomo I, Prefacio. Madrid: Sarpe.
- <http://alencontre.org/moyenorient/un-processus-revolutionnaire-durable-un-defi-epistemologique.html>
- <http://cerclechercheursmoyenorient.wordpress.com/2011/11/04/retour-sur-les-revolutions-arabes/>

Traducción: Faustino Eguberri para *VIENTO SUR*